

Cristo y las lágrimas de la Virgen. Quevedo hurga en la bolsa y le arroja un puñado de monedas, sin detener el paso.

Resplandece la cara del escritor. En los muelles ha encontrado el destino que su personaje merece. Enviará a don Pablos, el buscón, a las Indias. ¿Dónde, sino en América, podía terminar sus días? Ya tiene desembocadura su novelá y Quevedo se hunde, alucinado, en esta ciudad de Sevilla donde sueñan los hombres con navegaciones y las mujeres con regresos.

EL REENCANTAMIENTO DEL VOLCAN ANTONIO FERRÉS

Lo más extraño era que nadie expresase nerviosismo o miedo. Como si no hubiese pasado nada. La llovizna casi fría, las calles cue-
ta arriba entre nieblas, tampoco parecían corresponder a aquella lati-
tud del mundo. Pero sabía Pablo que estaba en el trópico. Las casas
—de dos o tres pisos— surgían pintadas de colores vivos: amarillos,
rojos, azules o blancos brillantes. Y, en lo alto, se vislumbraba un
parque frondoso, de grandes desconocidos árboles con los troncos
y ramas comidos por oscuras masas musgosas y lianas parásitas.

Le inquietaba el resplandor de aquella atroz y como normal
vida. Aunque no quería pensarlo. Miraba ansiosamente el abierto es-
merillado cielo con el límite del halo vegetal alzándose sobre la enorme
materialidad verdinegra del parque. Un estremecido velo húmedo le
ompapaba las pestañas. Y sentía el prieto olor, como el de un gran
cuerpo mojado y viviente.

—Favor..., ¿qué horas son? —le preguntó un muchacho blanco,
mal vestido y con las ropas empapadas, que pasó cargando al hombro
dos cajas de botellas de agua mineral.

—Pasan cinco minutos de las once.

Había procurado Pablo evitar en lo posible el acento del país.
Todavía se resguardó durante un rato bajo el saledizo de un tejado.
Observaba el rostro indescifrable de los indios y mestizos, los som-
breros de paja o de hojas de palma. Parecían todos los transeúntes
gentes tranquilas, sin temores. Seguramente que las emisoras de
radio y de televisión seguían callando la verdadera magnitud de la
noticia. No podía ser posible, de otra forma, tanta serenidad.

Apenas llovía ya. La niebla se aclaraba poco a poco. Arrancó
Pablo a andar, y llegó a un alto de la cuesta desde donde se divisaban
lejanos cultivos, quizá de café. También extraños árboles, incluso en
los jardines, rodeando los semiocultos edificios. Ramajes, hojas de
un verdor nunca imaginado, y lisos gruesos troncos. A lo mejor
de esos árboles que llamaban ocozoles u otros semejantes. Debía de

haber visto alguno cuando llegó al puerto de Veracruz y logró desenterrar del submarino. Aquella vegetación descubierta en la noche, mientras él llamaba por teléfono desde la estación de autobuses. Había marcado el número del profesor de Antropología que era miembro del Comité pro-desarme nuclear. «Nos sorprendió la primera explosión no muy lejos de Azores», dijo Pablo, sin ningún miedo a que el teléfono estuviese controlado. «Tome el autobús y procure estar en mi casa a las doce y media de la mañana. Necesitamos noticias concretas», dijo la voz al otro lado. Veía Pablo la misma aglomeración de árboles y plantas tropicales que en el paseo frente a la estación: un mundo ansiado, verdaderamente nuevo, quizá único. Como había descubierto el cono del volcán, desde alta mar, 200 millas alejado de la costa. El volcán remoto también ahora, pero en espacios de un mundo originario, sobre esta tierra que parecía naciente.

Desplegó Pablo el plano de la ciudad. Y se cercioró —una vez más— de que había llegado al lugar previsto, a la exacta dirección en aquella ancha calle que giraba hacia poniente.

Dudó un segundo, antes de llamar al timbre que asomaba entre las enredaderas, en la puerta de la verja. Le atraían las flores grandes, como de papel, que crecían en el jardín. Parecían muy abiertas, a la espera también de la noticia que él traía. Sin embargo transcurrió en seguida su duda. Abrió la puerta una muchachita oscura, pequeña, de pómulos salientes, sin duda india.

—¿Desea usted visitar al maestro Ortiz?... Es en el último bungalow —dijo ella, sin expresar la menor desconfianza.

Mantenia la joven la vista baja, pero no parecía haber notado el miedo en los ojos de Pablo. Vestía absolutamente de negro, con una falda larga que le arrastraba. Fue acompañándole un trechó a través del jardín, en completo silencio. Como si Pablo fuera la persona más corriente del mundo, un visitante cualquiera, a lo mejor otro maestro de la universidad. Había un sendero donde a ambos lados los troncos y las plantas adquirían múltiples tonalidades, colores originales que —al mismo tiempo— notaba Pablo estar esperando con ansia, con ardiente deseo y alegría. Creía él saber, de pronto, el sonido de la arena gruesa anaranjada y húmeda debajo de sus pies en el camino. Y cuál era el bungalow, incluso la forma alargada azul de los muros y el resplandor de las tejas brillantes por la lluvia reciente. Mientras cruzaban el jardín se encontraba allí igual que si regresara a un mundo antes antes vivido. No quería pensar nada más.

—Ya sabe. Allá es —dijo la muchachita.

—Sí.

La vio alejarse, perderse entre los macizos de arbustos.

Pero no se sentía él en soledad. O, mejor, era una tranquila soledad. Estaba en un mundo vivo, durase lo que durase. Se encontraba en relación fructífera con todo lo que le rodeaba, sin distinción entre su ser y el futuro incierto de las demás cosas. Así, quedó un momento en esa densa y penetrante humedad.

Conoció en seguida a Ortiz, a la puerta del bungalow. No podía ser otro. Aunque nunca antes lo había visto, sabía con toda seguridad que era Ortiz, moreno ceremonioso pese a las circunstancias, de cuadrados angulosos hombros. Tal y como, sin gran esfuerzo, había estado imaginándose desde que llegó a la ciudad del alto trópico y vio a los indios y mestizos en las empinadas lluviosas calles.

—¿El ingeniero Torres?... ¿El señor Pablo Torres?... Estábamos aguardándole. Siéntese, si me hace el favor.

Había seis personas de muy diverso aspecto, sentadas en cómodas sillas de respaldos verticales. Dos mujeres y tres hombres. Uno pusieron en pie. Estaban las sillas frente a un aparato de televisión en color. Alguien había apagado el botón del sonoro, pero bailaban silenciosas— en la pantalla las imágenes y estallaban las luces de alguna fiesta mexicana con mariachis y danzas.

—Varias veces han anunciado que hablará el señor presidente de la República... Pero estamos convencidos de que están bloqueadas las noticias, que nadie se atreve a darlas —dijo Ortiz—. Esperamos que usted nos cuente...

Iban perfilándose las angustiadas caras. Se incorporó, alzó los hombros, un tipo flaco, de pelo moreno y cara muy pálida.

—¿Es cierto que toda Europa ha sido destruida? —preguntó, tembloroso, con extraño acento.

—Borowski es polaco. Violín en la orquesta sinfónica del Estado de Veracruz —aclaró Ortiz, como por disculparle.

A Pablo le parecía increíble aquella ignorancia, casi premeditada, y aquella ilusión hipócrita, aquel resto de esperanza. No obstante, procuró imprimir un tono neutro a su voz:

—La Unión Soviética fue pulverizada en los primeros minutos. Al mismo tiempo que caían las bombas termonucleares más grandes sobre el área de Nueva York y Washington, y Chicago y las zonas del Pacífico... ¿No captan ustedes ninguna de las emisoras de radio que transmiten desde el centro de los Estados Unidos?

—Sí —dijo Ortiz—. Son noticias muy contradictorias... Afirman que la capital federal está ahora en alguna parte cerca de Kansas City.

—Pero... ¿y el resto de Europa?... ¿Podría usted con seguridad informarnos de algo? —insistió el polaco.

—Imaginé que lo sabían...

—No con certeza. Hable, por favor —dijo Ortiz.

—Las ciudades más importantes de los países occidentales desaparecieron también en los primeros momentos... Parece que en una hogunda andanada fueron bombardeadas con cohetes de neutrones las zonas pobladas, los países del Pacto de Varsovia —se cortó Pablo. Desvió sin querer la mirada hacia la escena de los mariachis y los bailes—. Con toda certeza puede afirmarse que toda Europa es ahora un gran desierto o un gran cementerio —añadió con incontrolado enfado. Aunque en seguida sintió como risa de sí mismo, de su propia rabia.

—¿Qué cree que debemos hacer?... ¿Dice, ingeniero, que ha visto la emisora de esa nueva capital federal norteamericana...? —preguntó Ortiz.

Notaba Pablo la derrumbada actitud del polaco y de todos los otros. Una de las mujeres se había tapado la cara con las manos, y procuraba sollozar.

—Desde luego que escuchamos esa radio...

Trató Pablo de mostrar esperanza. Más bien, trataba él mismo de creer que podría asirse a alguna realidad aún vigente: la humedad viva del ahogado espacio del bungalow, ese jardín tropical...

—Comunicarles el contenido de las emisiones cifradas de los norteamericanos es lo que me ha motivado a venir aquí... hasta el Comité pro-desarme nuclear que había más próximo...

—¿Qué quiere contarnos?

—En Canadá, en mi país, toda la población está siendo evacuada hacia el norte y hacia el interior, lejos de las ciudades de la orilla de Estados Unidos que han sido destruidas... El embajador de la Unión Soviética ha sido trasladado a la nueva capital federal norteamericana... —se cortó. Sus propias palabras le sonaban muy raras, mientras hablaba increíblemente de todo aquello. Notaba la impotencia, la futilidad. Como unas frases soltadas en medio de un espacio habitado por fantasmas, por imaginaciones.

—Siga, por favor —le animó la voz de Ortiz.

—Los oficiales de Estados Unidos están recogiendo a los embajadores soviéticos acreditados en los países de Africa y Sudamérica que por ahora han quedado intactos...

—¿Por ahora?

—Sí. Por ahora... Han formado un gobierno provisional ruso.

—Comprendo... —dijo Ortiz—. Un gobierno con el cual firmar la paz.

—Lo importante es que ese gobierno ordene a los submarinos soviéticos provistos de cohetes termonucleares... que les ordene que

no hagan fuego sobre lo que queda... —dijo, aunque le sonó muy mal su última frase. Casi le daba risa. Igual que si hablase de algo ya caducado, que usara palabras hechas para situaciones pretéritas, ahora sin valor—. Lo que queda de Estados Unidos y del mundo, sí —insistió, no obstante.

—Por Dios... ¿Qué opina usted? —preguntó la mujer que antes se tapaba la cara con las manos. Hablaba con precipitación—. Soy francesa, pero mi verdadera familia está acá... Llegué a tener la esperanza de que este mundo se salvaría... Podríamos comenzar, ¿sabe?... como cuando vino Hernán Cortés... después de descubrirse América... —ella misma se dio cuenta de que estaba diciendo tonterías, hablando estúpidamente, cosas sin sentido. Y cambió de tono, volvió a preguntar: —¿Qué opina usted de esos submarinos rusos? ¿Obedecerán las órdenes?

Quedó Pablo callado, inmóvil, sintiendo que fallaban los resortes de su sinceridad. Fue Ortiz quien contestó, tranquilo y seguro:

—Mi opinión es que no obedecerán, ¿comprenden?... No creerán nada —añadió, como tratando de convencerlos—. Tenemos por lo mismo que seguir nuestro plan... lo que teníamos proyectado —hablaba con tono moderador, y volvió la cabeza hacia la puerta—. Perdonenme —dijo, poniéndose en pie.

Sin duda había notado algo, un ruido afuera, una llamada, o tal vez un leve susurro de pasos que Pablo no había oído.

Anduvo Ortiz hacia la puerta del bungalow, y la abrió con decisión.

—Vengan —dijo.

Junto a la muchachita india del jardín, entró un joven rubio, alto, que miró de pasada a todos los reunidos. Una mirada que resultaba hiriente, cortando todo el largo espacio vacío del cuarto.

—Pasén, por favor. Quiero presentarles al ingeniero Torres... Ellos van a ayudarle a usted a llegar. Conocen bien el camino.

Eran muy diferentes los dos jóvenes, radicalmente distintos. La chica menudita y oscura, emanando aquella especie de misteriosa serenidad. Y el muchacho alto y blanco, erguido, con violentos desafiantes ojos. Unos ojos que parecían persistir en el viejísimo error, agresividad y miedo, que había conducido irreversiblemente a la destrucción. Como si no hubiese asumido todavía el muchacho la verdadera magnitud de la total catástrofe.

—Sí. Son ellos quienes conocen el camino —insistió Ortiz.

Lo dijo con tono enunciativo, absoluto, igual que podía haber afirmado: «Son las únicas personas de la Tierra.» Pero recobró al instante su acento ceremonioso y servicial.

—Tengo sumo gusto en presentárselo, ingeniero. Aunque las circunstancias no sean las más propicias... Son Raúl y Natalia. Natalia es doña allí cerca. Regresa realmente.

Pablo estrechó la mano de los dos. Pese a la aparente timidez de la muchacha, notó él una chispa viva, una chispa que a toda costa quería vivir en aquellos ojos.

—¿Natalia?

—Sí, señor.

—Está bien su nombre —dijo sonriendo—. Es alentador...

añadió, casi irónico. Luego, cambió el matiz de voz—. Supongo que lloran ustedes a algún refugio especial... que pretenden hacerlo. Pero no me gustaría... Prefiero simplemente aguardar en esta ciudad donde sea... Creo que hay poco que podamos hacer ya.

—Es un sitio mucho más seguro de lo que usted pueda imaginar... Dentro del cráter de un volcán. Muchas millas alejados de la superficie —dijo el rubio, con cierta arrogancia.

Como por condescendencia o cortesía trató Pablo de evitar en su propio rostro el reflejo del absurdo. Iba a buscar la increíble confirmación de Ortiz. Aunque ya Ortiz se había apartado y conversaba con el músico polaco.

Se encontró desarmado ante la joven india.

—Tenemos que resolver algunas cosas antes de salir... Si usted quiere podemos dejarle en un hotel, para que se recueste o duerma un poco... Iremos a buscarle ya entrada la noche —dijo ella.

—Ignoro qué me proponen... ¿Un viaje al centro de la Tierra?

—No tenga pena —sonrió la chica, sin expresar temor, como si tratara de ayudarle sólo a él, como si fuera sólo él —en medio del mundo— quien precisara ayuda.